

Luminarias incendiarias

Entre luz y vida hay una relación honda, significativa. Por algo se dice que la madre da a luz. Somos hijos e hijas de la luz que caminamos según la capacidad de iluminar nuestro camino, de poner hitos luminarios que indiquen la dirección correcta. Jesús se auto-proclama como “la luz que ilumina nuestro destino”. Y el criterio bíblico nos dice que los hijos e hijas de la luz, somos libres.

No entenderíamos una boda sin luz. En comunidades más alejadas se prenden las fogatas, las teas van indicando los senderos y el rostro de los novios irradian por sí mismos, como fruto de su amor, una sana incandescencia que contagia y atrae. Cada uno de los invitados se convierte en luminaria incendiaria y el fuego y la pasión se mezclan entre sí para darnos la intensidad vivificante de la celebración.

Jesús nos habla del esposo a quien deben acompañar doncellas revestidas de luz. Son lámparas ellas mismas. El grado de su luz depende del combustible de sus propias vidas. Hay unas semiapagadas que equivocan el camino. Hay otras en crescendo en su capacidad de iluminar: Van abriendo brecha. El calor de sus vidas, producto de su luminosidad interna, testifica la presencia del esposo.

¿Cómo ser luz hoy en medio de este mundo tan apagado, cómplice de tinieblas y oscuridades que dan como fruto una condición humana viciada, corrupta, enemigos de la libertad, de la verdad? La vida nos reclama autenticidad, transparencia. La fe nos lo exige. A la fiesta de la vida, bodas según el evangelio, se llega si por dentro hay fuego que alimenta, fortalece nuestro testimonio aún hasta el bautismo de sangre.

Cochabamba 09.11.14

jesús e. osorno g. mxy

jesus.osornog@gmail.com